■ PLAZA PUBLICA

Miguel Angel Granados Chapa

■ De Mérida a Tepic

■ Nazar antes y hoy

El antecedente más claro de la matanza de Tepic, donde reos asesinados después fueron vistos con vida una vez que se habían rendido, o estaban sometidos, ocurrió en Mérida, el 6 de septiembre de 1979. Lo sucedido entonces fue enjuiciado como "atropello policiaco" por José Carreño Carlón, hoy director general de *El Nacional*, quien además dio cuenta de que el entonces director federal de seguridad Miguel Nazar Haro, "coordinó las operaciones" de ese brutal episodio, en que se expresaron, también conforme el juicio de Carreño Carlón, "las bárbaras estructuras que se han consolidado en torno a la función represiva del Estado mexicano en su conjunto".

■ 4

De modo que quizá haya una vinculación entre Mérida y Tepic, puesto que los *Zorros* dependen de la policía en que Nazar Haro se ocupa de las tareas de Inteligencia, una labor que no fue soslayada en la conferencia de prensa que el lunes ofreció el secretario de Protección y Vialidad, pero que requiere ser documentada, para saber si es posible sin contradicción que realice actividades de investigación, propias por ley de otras corporaciones.

En Mérida, tres asaltabancos: Jesús Jiménez Custodio, Francisco López Durán y Jaime Pérez Cortés, pretendieron fugarse en la fecha indicada, aprovechando que habían acudido al juzgado a declarar y tomando como rehenes a quienes se encontraban en ese local, adosado a la cárcel. Demandaron un helicóptero para huir, y se atrincheraron durante varias horas. El lapso fue suficiente para que,

como ahora en Tepic con los *Zorros*, llegara una misión desde la ciudad de México, a cuya cabeza iba personalmente Nazar Haro. Los asaltabancos fueron reducidos a la impotencia y salieron del juzgado en presencia de una multitud que se había congregado en las afueras, por la fuerza dramática del episodio. No sólo se produjo ese testimonio colectivo, sino que un fotógrafo del *Diario de Yucatán*, Isidro Avila, captó a los fallidos fugados cuando eran sacados por los agentes policiacos. Y sin embargo, poco después fueron mostrados sus cadáveres, y se adujo que habían muerto en el enfrentamiento del que todo mundo los vio salir con vida.

En el número 22 de *Nexos*, de octubre siguiente, Carreño Carlón dedicó un apartado al asunto, en su documentada y salpimentosa columna *Primera plana*, consagrada al examen de temas de prensa. Dijo entonces el ahora director

general del diario del gobierno:

“b) La segunda edición del *Diario de Yucatán* correspondiente al sábado 8 de septiembre pasado puso al descubierto el asesinato a sangre fría de los tres reos que se habían amotinado en la penitenciaría de Mérida. Una excepcional serie fotográfica de Isidro Avila, que muestra el momento en que los amotinados se rindieron y evidencia que uno de ellos estaba ileso y los otros dos acusaban heridas menores, dio la clave del atropello criminal del cuerpo policiaco del Estado, asesorado por la Dirección Federal de Seguridad, cuyo titular Miguel Nassar (sic) Haro coordinó las operaciones. La calidad profesional y la entereza ciudadana de la prensa yucateca aporta con ello un importante elemento más para caracterizar las bárbaras estructuras que se han consolidado en torno a la función represiva del Estado mexicano en su conjunto, y da una repasada —con guante blanco—

al etnocentrismo que desde la ciudad de México pretende desprestigiar las manifestaciones culturales —incluida la vida cívica y el quehacer periodístico— del interior del país”.

No se fincaron responsabilidades a Nazar Haro ni a nadie entonces. Será deplorable que lo mismo ocurra ahora por la matanza de Tepic. El clamor de un periodista sólido y respetable, al punto de que se le ha encargado ahora de dirigir el diario gubernamental, se perdió en la esterilidad. Si de verdad hemos entrado en la modernidad, si de verdad quiere el gobierno que nos adelantemos en ella, que no ocurran esta vez el silencio y el desdén como respuestas a las peticiones ciudadanas que no admiten impasibles que trece personas sean asesinadas a mansalva y no admiten tampoco que sea funcionario encargado de aplicar la ley una persona cuya biografía lo muestra a menudo vulnerador de ella.